

Lazos entre dos mundos

UNA ENTREVISTA A PIERRE CHARASSE, EMBAJADOR DE FRANCIA EN EL PERÚ, POR ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN Y MARTÍN PAREDES

¿Qué papel desempeña Francia en relación con la francofonía en este mundo globalizado?

Es un papel motor, pero Francia es uno entre muchos países miembros de la francofonía. La francofonía no se puede reducir a Francia. Al contrario, Francia insiste mucho en la diversidad que hay dentro del mundo francófono, entre Canadá, Bélgica, Luxemburgo, Suiza, los países africanos y otros países que usan parcialmente el francés, como Líbano o Vietnam. Son 55 países y 400 millones de habitantes. Países altamente desarrollados como los europeos, países pobres y muy pobres; hay de todo. La francofonía es símbolo de diversidad de culturas.

La francofonía es un aspecto de la latinidad. La latinidad iría, geográficamente, desde Rumania a la América Latina.

La latinidad es un componente de esta cultura francófona pero no es el único, porque la latinidad cubre otros espacios lingüísticos no francófonos como América Latina, Italia, Portugal, Brasil. La latinidad es un espacio muy grande, muy diverso y complejo, que tiene su origen en el Mediterráneo. Son espacios que tienen algo en común y muchas diferencias. Por supuesto, el idioma es un vehículo de una forma de pensar, de ver el mundo. El mundo angloparlante es muy diferente del mundo francófono.

Hay un mundo anglófono más político, militar, que está jugando un rol predominante. El mundo francófono y lo latino, ¿tendrían posibilidad de ser un contrapeso frente al mundo anglosajón?

El mundo anglosajón cubre también una extraordinaria diversidad. El inglés es la lengua franca de la globalización, como lo fue el latín durante la Edad Media en Europa. Hoy mucha gente habla más o menos inglés, o tiene un vocabulario mínimo de dos mil palabras para poder viajar. Es la lengua de internet también. Se impuso naturalmente como consecuencia del peso económico y financiero del mundo sajón encabezado por los Estados Unidos, con Canadá, Inglaterra, Australia, Nueva Zelanda, la India, etcétera. El idioma francés no pretende ser un contrapeso al inglés ni competir con él, pero el mundo francófono sí defiende una percepción del mundo que pone énfasis en la diversidad cultural, el respeto de las diferencias, el desarrollo humano, la lucha contra la pobreza. Es una manera de protegerse del riesgo de uniformidad que acompaña a la mundialización. Los francófonos preferimos usar la palabra 'mundialización', que alude a la dimensión planetaria de los problemas de la humanidad, y no 'globalización', que es la traducción de *global world*, término que sugiere uniformar el mundo bajo los estándares occidentales anglosajones. Los países francófonos y latinos fueron los promotores del Convenio de la Unesco sobre la diversidad cultural, que establece un nuevo marco jurídico internacional al lado de la OMC, precisamente para proteger al mundo de las consecuencias de una visión mercantilista muy sajona que podría poner en peligro a los países más vulnerables frente a la implementación a escala mundial de reglas de libre comercio sin ninguna regulación.

El mundo sajón tiene la Commonwealth.

La Reina de Inglaterra encabeza la Commonwealth, pero no es un grupo de países muy integrados. Hay países enormes como la India, Pakistán, Australia, Nueva Zelanda, que forman parte de la Commonwealth. Todos reconocen la autoridad moral de la Reina de Inglaterra, pero eso no va mucho más allá de la comunidad lingüística y la historia común por la colonización británica. El mecanismo de la francofonía es distinto: trata de hacer oír una voz diferente en este mundo de ideas donde el pensamiento anglosajón tiene una amplia difusión. La francofonía intenta abrir otros espacios de discusión, otros conceptos, porque el idioma es la expresión de un pensamiento, de una cultura. A nivel jurídico también es muy importante. La cultura jurídica romano-germánica, que se expresaba antes en latín y que tiene como base el Derecho Romano, hoy se expresa mucho a través de lenguas latinas y es muy diferente de la cultura del Common Law de los países sajones. En una época en la que tenemos que

encontrar medios de entendimiento entre grandes bloques regionales del mundo, es cada vez más indispensable hallar fórmulas aceptables para todos. Actualmente, a nivel internacional se está realizando un gran trabajo de elaboración de normas jurídicas compatibles con los dos principales sistemas jurídicos.

Si introducimos el concepto de cultura occidental y lo francófono y anglosajón, ¿cuál es la relación de Francia con el mundo pobre del África o de América Latina? América Latina sería el hermano pobre occidental.

¿Quién es capaz de definir qué es el mundo occidental? ¿Hasta dónde va el mundo occidental? ¿Es el mundo cristiano? ¿Es el mundo mediterráneo, atlántico? América Latina es parte del mundo occidental porque ha adoptado, desde la conquista por los europeos, todos sus modelos políticos. El mundo occidental se entiende generalmente como el mundo rico, de países altamente desarrollados, y no es el caso de América Latina, donde hay sectores desarrollados y otros muy atrasados. Y si tomamos a los países andinos, la visión del mundo de muchas poblaciones andinas no tiene nada que ver con el mundo occidental. Son conceptos difíciles de definir con precisión.

Pero que están en el ojo de la tormenta. La guerra con Irak, con Oriente, palestinos con israelitas. Israel podría ser una frontera del mundo occidental frente a un mundo musulmán, árabe.

Existe este peligro de confrontación entre una parte del mundo occidental —Estados Unidos y algunos países de Europa Occidental— con el resto del mundo no occidental, especialmente el mundo del Oriente Medio, musulmán. Ahí interviene el factor religioso. El mundo occidental es principalmente cristiano, con diferentes religiones dentro del cristianismo. Quizá uno de los grandes peligros del siglo XXI, después de los atentados del 11 de septiembre, es el riesgo de confrontación entre Occidente y el mundo no occidental, específicamente el mundo islámico, porque en los dos lados hay visiones maniqueas y una división perfectamente simétrica y reversible del mundo entre el bien y el mal (para Al Qaeda, Occidente es el mal absoluto, y viceversa). Esto impide tener una visión justa de las realidades. Occidente no puede ver el mundo únicamente a través del prisma de una supuesta ‘amenaza global’, traducción de *global threat*, concepto sajón imposible de definir pero muy cómodo por su imprecisión (porque puede justificar cualquier tipo de medida y supone que la seguridad del mundo es antes que nada la seguridad de Occidente). Por su parte, Al Qaeda es una red muy difusa de inspiración musulmana, sectas ultraminoritarias en el vasto mundo islámico que también, como Occidente, se caracteriza por su inmensa diversidad. Se puede hacer un paralelo con Sendero Luminoso hoy en el Perú, un grupúsculo extremadamente violento que puede hacer mucho daño, pero muy poco representativo de los que pretende defender e incapaz de amenazar seriamente la estabilidad del sistema. Desafortunadamente, el poco progreso para alcanzar la paz en Oriente Medio crea un tumor canceroso en el que se concentran todos los problemas (religión, territorio, petróleo, agua...) con muchas metástasis (Irak, Afganistán...). De hecho, el conflicto entre Israel y Palestina es el punto de fricción más peligroso entre Occidente y el Islam. Israel es, a la vez, una frontera entre Oriente y Occidente y reúne a las tres religiones del libro: judaísmo y cristianismo, base religiosa de Occidente, e islamismo, pero en las Naciones Unidas pertenece al conjunto de países de Europa Occidental y Otros Grupos (WEOG). Frente a esta situación, Francia y el mundo de la francofonía (donde hay cristianos, musulmanes, judíos y otros) pueden ayudar a crear puentes de diálogo y entendimiento para superar las diferencias, a fin de evitar los enfrentamientos violentos.

El mundo de la francofonía logra articularse políticamente sobre la base de objetivos.

El mundo de la francofonía tiene mecanismos institucionalizados. Está la Organización Internacional de la Francofonía, que agrupa a 55 países y tiene una agenda política. Al principio se ocupaba de la defensa del idioma francés y luego de la lucha contra la pobreza, el subdesarrollo en los países africanos francófonos o como Haití; ahora se habla de gobernabilidad, derechos humanos, Estado de derecho, problemas de la sociedad que el mundo francófono discute dentro de sus instituciones con cierta afinidad entre los diversos países europeos y no europeos. En los últimos años, los países francófonos han tomado algunas decisiones sobre cuestiones políticas y tratan de tener más peso como

organización política.

¿El mundo francófono estaría más cerca del mundo africano que del anglosajón? Y frente al mundo no occidental, ¿habría más cercanía, mayor conocimiento?

Creo que sí, que hay mayor cercanía entre los miembros del mundo francófono y el resto del mundo no occidental. Hay una gran sensibilidad sobre el tema y en cada cumbre de Jefes de Estado, como el G8, Francia siempre promueve el diálogo con África y políticas de ayuda a los países africanos. Pero una gran parte de África pertenece a la Commonwealth y Gran Bretaña asume también su responsabilidad. Hoy es una obligación de cada país entender y aceptar al 'otro', sea anglosajón, africano, asiático...

En los últimos años se ha incrementado enormemente el número de personas que hablan inglés, en comparación con las que hablan francés. ¿Qué hacen los Estados francófonos para revertir esta situación? ¿Tienen alguna política al respecto?

No se trata de revertir la situación; es un hecho que aceptamos. El inglés se ha impuesto como lengua universal de comunicación, al punto que casi no se considera como idioma extranjero; también es un instrumento de conocimiento. Paralelamente, observamos un doble fenómeno: la desaparición de muchos idiomas en el mundo, lo que es una pérdida definitiva de una parte del patrimonio inmaterial de la humanidad, y el fortalecimiento de otros idiomas que hoy tienen un reconocimiento mundial gracias a internet, como el quechua por ejemplo. Los países francófonos defienden el uso del idioma francés no como el recuerdo nostálgico de algo que ya pasó. Es una lengua muy viva que se adapta a los cambios de la civilización, de la tecnología; es una lengua que se usa mucho en los ámbitos científico y económico. No está para nada a la defensiva.

Ahora 27 países conforman la Unión Europea, ¿qué significa ese bloque en el siglo XXI? ¿Qué papel va a cumplir en el mundo?

Ese es el gran debate actual de la Unión Europea (UE). Después de haber crecido a cierta velocidad, y con mucho éxito, hoy la UE enfrenta una crisis de identidad. Tiene que decidir qué es lo que quiere ser: un bloque de países, solamente una zona comercial, un espacio de libre comercio o una entidad política. Hay instituciones como el Consejo de Ministros, el Parlamento Europeo, la Comisión Europea, que es el organismo que administra la UE, con funcionarios de los Estados miembros. Es casi un Estado, pero cada país tiene libertad. No hemos logrado todavía un grado suficiente de integración como para tener, por ejemplo, un Presidente y un ministro de Relaciones Exteriores estables por varios años. Actualmente, el presidente Sarkozy ha reabierto el debate sobre las instituciones europeas después del rechazo por los franceses y holandeses del Tratado Europeo. Él también ha puesto sobre la mesa el tema de las fronteras futuras de la UE, cuestión fundamental para la construcción de una identidad política y cultural frente a la tendencia de algunos países a reducir el proyecto europeo a una zona de libre comercio sin alma.

¿Qué significó ese rechazo?

El rechazo de los franceses expresó el miedo de no saber adónde va la UE. Fue un llamado a hacer una pausa para reflexionar y ver qué queremos hacer todos juntos, si es que queremos estar todos juntos, hasta dónde y para qué. Con la entrada de los nuevos países de Europa Central y Oriental ha cambiado totalmente la fisonomía de la UE, que antes era un grupo de países occidentales, cristianos. La latinidad ha perdido peso en su seno, lo que puede tener consecuencias en la relación futura con América Latina.

Un grupo de países ricos.

No todos, porque España, Portugal y Grecia eran países pobres, pero gracias a los mecanismos solidarios de lo que antes se llamaba Comunidad Europea, en veinte años se han desarrollado. Esos tres países, más el sur de Italia e Irlanda, se han puesto al nivel de otros países en cuanto a infraestructura, salud, educación, pues la idea era igualar el nivel de vida de todos los ciudadanos europeos. Pero los nuevos diez países que han entrado en los últimos años, que vienen del ex campo socialista, exigen muchísima ayuda, a tal punto que va a ser muy difícil mantener la misma política solidaria. Hay una capacidad de absorción que no se puede extender mucho.

Es muy importante subrayar que los tratados de libre comercio (TLC) negociados por Estados Unidos y el proceso de integración europea o los acuerdos de asociación negociados por la UE tienen naturaleza muy diferente. Los TLC son estrictamente comerciales y existe el riesgo de que los más fuertes absorban a los menos fuertes. En la UE hay una obligación de solidaridad para ayudar a los menos ricos y suavizar los efectos negativos de la aplicación sin compensaciones de la ley del mercado.

¿Es cierta la versión de que Estados Unidos podría utilizar algún territorio de la UE para defenderse de potenciales ataques?

Eso no es nuevo, porque en el marco de la OTAN Estados Unidos puede utilizar bases militares en Europa; incluso desde hace muchos años tienen armas nucleares en Alemania. Lo nuevo es el proyecto de despliegue de misiles en la República Checa y Polonia. Eso se discutió en la reunión del G8. Los países no constituyen una confederación, sino se trata de un grupo de países que deciden compartir una política, pero cada país conserva su soberanía. Si Polonia acepta misiles estadounidenses en su territorio, es decisión soberana de los polacos. Por supuesto, esto le crea problemas al resto de la UE. A nosotros nos gustaría llegar a posiciones concertadas. Ese fue uno de los problemas que surgió a raíz del rechazo de la Constitución Europea, pues estaba previsto un ministro de Relaciones Exteriores de la UE para hablar con una sola voz de los grandes temas internacionales.

No hay eso y es muy difícil que lo haya.

Tratamos de llegar a eso, pero obligaría a los Estados a un mínimo de consenso. Si miran la guerra a Irak, no había consenso entre los europeos. Precisamente por eso el presidente Sarkozy propuso un tratado simplificado, para dar a la UE una mayor coherencia con un Presidente y un ministro de Relaciones Exteriores.

El mundo se va armando en bloques y América Latina se siente medio descolgada. ¿Cómo ven desde Francia a América Latina? Hay tratados de los países andinos con la UE.

Tenemos que hacer un esfuerzo desde ambos lados del Atlántico para encontrar nuevas formas de diálogo. Existen mecanismos institucionales de concertación, pero es muy difícil encontrar consensos entre 27 países europeos y los 33 países de América Latina y el Caribe. La región llamada América Latina-Caribe cubre países no latinos como Jamaica y algunas pequeñas islas del Caribe. Todos estos países se reúnen cada dos años en una cumbre de Jefes de Estado. La próxima será en Lima, en mayo de 2008. Estamos trabajando para definir la agenda de esta reunión, su contenido, los temas importantes que interesan a los dos grupos de países, a pesar de sus diferencias. La idea es mantener un diálogo precisamente sobre la base de ciertas afinidades latinas y el componente histórico europeo de muchos de estos países; encontrar temas comunes para mantener un diálogo rico, nutrido, capaz de ayudar a la discusión sobre grandes problemas. Se han identificado dos grandes posibles temas centrales para la cumbre de 2008: el cambio climático y la lucha contra la pobreza y la exclusión social. Este es un diálogo que empezó a funcionar con el Grupo de Río. En realidad, comenzó cuando se registraron los conflictos en Nicaragua, El Salvador y Guatemala. La UE apoyó mucho para aplicar soluciones políticas. Por eso se creó el Grupo de Río, para ayudar a los vecinos latinoamericanos a encontrar soluciones políticas. Así comenzó un diálogo político que se consolidó e institucionalizó. El año pasado se realizó la IV Cumbre en Viena. Ahora le toca a Perú presidir el grupo de países latinoamericanos con Eslovenia por parte de Europa, que va a copresidir la cumbre. Aparte, se va a empezar a negociar un tratado de asociación entre los cuatro países de la Comunidad Andina y la UE. No es un TLC sino un tratado de asociación, que es mucho más ambicioso. Tiene tres pilares: diálogo político, cooperación y asistencia técnica, y comercio. Esa es la particularidad europea: no ver las relaciones internacionales únicamente a través del comercio. El libre comercio, la reducción de las barreras aduaneras, puede ser un incentivo para el crecimiento económico y la lucha contra la pobreza, pero no es suficiente. Hay que discutir otros temas como la gobernabilidad, el Estado de derecho, los derechos humanos, el desarrollo sostenible. A los países menos desarrollados hay que ofrecerles mecanismos de ayuda y, de hecho, la UE es la principal fuente de ayuda para el desarrollo en América Latina.

¿Hay mucha diferencia entre el Mercosur y la Comunidad Andina?

Hay muchas ideas erradas acerca del Mercosur. El Mercosur tiene un grado de integración muy bajo en comparación con la Comunidad Andina. El Mercosur no es nada más que un acuerdo comercial. Ni siquiera cuenta con una secretaría permanente fija. La CAN tiene una estructura permanente en Lima, con doscientos funcionarios pagados por la institución y numerosos programas regionales. El Mercosur está lejos de eso. Y su nivel de integración comercial tampoco es muy adelantado. El problema ahora entre la UE y América Latina es que el subcontinente, de México a Chile, presenta una gran diversidad de niveles de desarrollo y visiones políticas. Para organizar un diálogo con la UE sería más fácil tener más unidad, pero no es el caso. Brasil es un continente, tiene su propia agenda, es una gran potencia industrial.

En América del Sur, eso que contabas de la solidaridad de Francia, Alemania e Inglaterra con España y Portugal le tocaría hacerlo a Brasil.

Se trata de procesos históricos diferentes. La voluntad de integración regional no tiene todavía efectos muy concretos. Cuba y Venezuela son los únicos países que, a su manera, tienen programas de ayuda con algunos de sus vecinos en el campo de la medicina, la educación o la energía. Pero son decisiones unilaterales que no son parte de un proyecto colectivo regional institucionalizado.

En Europa se ha hecho porque hay un proyecto de unidad política.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el consenso en Europa fue que nunca más habría una guerra. Los grandes pensadores políticos de la década de 1950 imaginaron que, para evitar las guerras, había que empezar por compartir bienes como el carbón y el acero, que son indispensables para fabricar armamento. Así se creó la Comunidad europea del carbón y del acero, que fue el primer mercado común de los seis países fundadores. Después vino el proyecto de construir una nueva economía, y pasamos a otra fase, al proyecto europeo: qué queremos ser, una federación, un grupo de países que solo comparten ciertas políticas, como es el caso ahora. Eso no está aún definido. Este impulso inicial de impedir a toda costa nuevas guerras en Europa no existe en América Latina, porque no se dio este fenómeno. El contexto geopolítico es muy diferente, con un actor de primera importancia como Estados Unidos, con el cual todos los países del subcontinente tienen relaciones específicas. La UE puede ofrecer un espacio de diálogo distinto precisamente porque es una potencia extracontinental. Siempre hay este componente de latinidad que nos une a América Latina. ■